

TRES ENSAYOS DE NINGÚN INTERÉS

Julio Salcedo, haciéndose editor de sí mismo, en una iniciativa plausible y acaso ejemplar, ha dado a luz, al mismo tiempo que otros libros de índole esencialmente literaria, de los cuales ya me he ocupado, uno con el título de esta bibliografía, como reverso de los «Tres ensayos de verdadero interés» que edita periódicamente *Nascimento* en Santiago. Esta parodia irónica adelanta ya el tono humorístico de los tres ensayos de Salcedo, cuyo último, por ejemplo, versa sobre «Humorismo y deportes», siendo acaso el que da tono y medida al volumen.

El primero, sobre «Simetría y belleza» y el segundo, sobre «El Código Civil Soviético», forman un equilibrado tríptico con el tercero, y para abarcarlo, acaso fuera necesario examinarlos uno a uno, o uno por uno, y no repito la frase sino que la valorizo con un matiz ascendente.

Pero hemos prescindido de la portada o prólogo de esta edición y no es dable hacerlo, tratándose de un concienzudo estudio no sólo de la literatura social de Salcedo, sino de la literatura social chilena, firmado por ese ágil panfletista que se llama Ricardo Latcham. Este estudio suyo preliminar, no es uno de tantos prefacios para salir del paso, pues representa por sí sólo una profunda ojeada escrutadora y de conjunto, acerca de cosas que debieran ocuparnos y preocuparnos.

Cuantas veces Latcham echa su cuarto a espadas, sea hablando sea escribiendo, otras tantas agita problemas en cuya solución entra por mucho la de nuestro problema racial y nacional. Agitadores de buena ley, inquietadores del espíritu, como él son los que se precisan para despertarnos a una conciencia colectivamente cívica. Y en cualquier partido político que él milite deberá ser escuchada su voz, como la de un auténtico, un legítimo portavoz del pueblo.

A Julio Salcedo le alcanza, en parte, esta trascendental misión de autocaudillaje. Pues a hombres como éstos les incumbe una representación en cierto modo parlamentaria, sin necesidad de que nadie los elija ni delegue. Son, lo sentimos, nuestros genuinos representantes, mucho más que los que a veces nos damos y que los mandatarios que nos comandan. Son la expresión del sentir popular, amordazado, cuando no mudo.

De ahí la importancia, un si es o no es agorera, que cobran las palabras dichas o escritas de estos hombres. Y de ahí que yo, que también soy a mi vez un portavoz, las comente con la detención que se merecen.

En «Simetría y belleza», conferencia leída en el Sexto Salón Libre de Pintura, campea el concepto personalísimo que tiene Salcedo de un asunto tan de actualidad como de todos los tiempos, enfocado bajo un ángulo que forzosamente lo renueva con sus novedades. Ignoro si algún otro filósofo, porque lo es el autor de estas disquisiciones estético-socializantes, ha abordado o no desde el mismo punto de vista, la preocupación inconsciente de la simetría, que una vez hecha consciente, normaliza hasta cierto punto las cuestiones de arte y les da la debida pauta. El hallazgo, por ejemplo, de la impresión de belleza en el instinto de los animales me parece persuasiva y decisiva, y constituye ya de por sí suficiente médula y enjundia para un tratamiento preceptivo de estética, desde el punto de vista de la intuición y el instinto. No me cumple desflorar sus premisas; pero yo señalo la atención de los rebuscadores el buceo psicológico de Salcedo en mares harto procelosos e insondables.

Es obra más de divulgación que de creación el ensayo del Código Civil Soviético. Porque, más que labor de crítica, lo es de exposición y análisis. Labor útil, sobre todo para quienes, como nosotros, lo ignoramos todo de toda la Rusia de hoy. Labor comparativa también, que pone de relieve las cualidades soviéticas y, por contraposición, los defectos de la organización burguesa. Instruirse en estas materias, es ponerse al día en un

tema universal y que a la vez nos atañe personalmente a cada una de las nacionalidades.

Y en esta revisión somera, pasemos al estudio que más nos ha deleitado, por ser sin duda, el de mayor originalidad con una aplicación inmediata a nuestras costumbres y una observación directa de ellas. Hecho en el tono sardónico que convenía al tema, lo desarrolla amplia y jugosamente y juega con él, como los propios deportistas podrían hacerlo con la pelota de «foot-ball» o de «basket-ball». Complácese el humorista que es Salcedo, en acentuar la cómica gravedad que ciertos hombres le asignan al deporte. Muéstralos y demuéstralos en su ridícula tarea de tratar en serio cosas que son enteramente para burla y chanza. Burla burlando, él mismo nos lleva de un extremo a otro de los estadios y nos deleita con sus malabarismos, llevados a cabo éstos, sí, en chacota y broma. Cada ejemplo que aduce acrecienta nuestro interés y regocijo. Y hemos de agradecerle, al final, el solaz con que nos ha enseñado, sin dejar de recrearnos. Tienen mayor gravidez de lo que se supone estas especulaciones nada retóricas y en todo caso nos comunican la vivacidad del autor, la certera presteza de su pensamiento y la perfecta parábola que le hace describir por sobre nuestras cabezas antes de rebotar contra el horizonte.—AUGUSTO D'HALMAR.